

OTÓN. Anda, necio.  
 GILOTE. Vo á mudar  
 el traje. Pardiós, que es vicio  
 ser médico en el oficio.  
 Otón, vamos á matar. (Vase.)

## ESCENA VII

OTÓN. Sale GRIMALDO, y luego, OCTAVIA y GILOTE.

GRIMALD. Agora tengo de ver  
 para lo que eres, Otón.  
 Las armas ventura son,  
 si méritos el saber;  
 pues para aquestas no has sido,  
 en las otras te aventaja.  
 Gente humilde, pobre y baja  
 por las armas ha subido  
 hasta la suprema altura  
 que en el Imperio se encierra.  
 Verás siguiendo la guerra  
 que todo en ella es ventura.  
 La ventura de una escala  
 cuelga sin riesgo la vida.  
 tal vez viniendo perdida  
 pasará por ti una bala  
 matándote el compañero  
 y dejándote seguro  
 caerá al foso desde el muro  
 todo un escuadrón entero,  
 y la ventura podrá,  
 á pesar del enemigo,  
 conservarte por testigo  
 de la ayuda que te da.  
 ¿Quién á una posta perdida,  
 blanco de tanto cañón,  
 sino la ventura, Otón,  
 hace que vuelva con vida?

(Sale Octavia.)

El que sin dicha se emplea,  
 ni el coselete grabado,  
 ni el puesto más retirado,  
 ni la militar trinchera  
 darán defensa segura,  
 si una bala se abalanza  
 que á todas partes alcanza.  
 Pues ésta te favorece,  
 usa de ella con valor:  
 el Duque te hace favor;  
 en palacio sólo crece,  
 (del modo que en la milicia)  
 la ventura: en él verás  
 quedarse el mérito atrás  
 y arrinconar la justicia:  
 sólo medra el venturoso.  
 No por esto te aconsejo  
 que del valor, que es espejo  
 para el noble y valeroso,  
 apartes tu juventud;  
 que si en él la dicha manda,  
 mucho más puede cuando anda  
 al lado de la virtud.  
 Dios una y otra te dé  
 para que no degeneres  
 en la ocasión de quien eres.

OCTAVIA. Hijo, llega y te daré  
 los brazos.

OTÓN. Adiós, señora;  
 padre, adiós. Vuestros consejos  
 serán desde hoy mis espejos  
 en que me mire cada hora.  
 (Gilote sale de soldado gracioso.)

GILOTE. ¿Vengo bueno?  
 GRIMALD. (A Otón.) ¿Va Gilote  
 contigo?

OTÓN. Quiérole bien.  
 GILOTE. Vo con Otón, que no tién  
 con que pagarme el capote.  
 Soldado soy ya de casta:  
 encomiéndos mi cortijo.  
 OCTAVIA. Ventura te dé Dios, hijo,  
 que el saber poco te basta. (Vanse.)

## ESCENA VIII

Salen marchando CRISILIO y CÉSARO.

CRISILIO. Decidme otra vez la traza  
 de ese estratagema nuevo;  
 que aunque mi elección la abraza,  
 es extraño y no me atrevo  
 á ejecutalle.

CÉSARO. Esta plaza,  
 con las paces descuidada,  
 mientras que la guerra ignora,  
 segunda vez publicada,  
 no se ha de guardar agora  
 con la prevención pasada.  
 Lo más de la guerra estriba  
 en ardidés é invenciones,  
 que aunque el esfuerzo derriba  
 murallas y torreones,  
 la industria el valor aviva.  
 Por eso es tan estimada  
 la soldadesca de Flandes;  
 porque en su región helada  
 consigue victorias grandes  
 el ingenio, y no la espada.  
 Allí sus gentes inquietas  
 con ardidés cada vez  
 ganan victorias discretas,  
 y como en el ajedrez,  
 se suelen vencer á tretas.  
 Como vuestra valentía  
 á mi ingenio se sujete,  
 fácil, Crisilio, sería  
 la victoria que os promete  
 la traza y industria mía.

CRISILIO. Guiarme el Duque ha mandado  
 por vos en esta ocasión,  
 y yo estoy determinado  
 de ver si las letras son  
 hazañas en el soldado.  
 Decid lo que hemos de hacer.

CÉSARO. Que se embosque nuestra gente.  
 Crisilio, al anocheecer  
 en ese pinar, que enfrente  
 de Monferrato ha de ser  
 su perdición. Cortarán  
 de leña seis ú ocho carros,  
 que á la ciudad llevarán  
 cuatro soldados bizarros  
 á sombra de un capitán,

y en villanos transformados,  
 dándoles franca la puerta  
 de este engaño descuidados,  
 pondrán en viéndola abierta  
 dos de ellos atravesados,  
 y harán luego una señal  
 á la cual acudiremos  
 con dicha y esfuerzo igual,  
 y sin sangre ganaremos  
 la fuerza más principal:  
 con que en llevando en prisión  
 al Marqués y al Conde, puede  
 mostrar, ganando opinión,  
 que á las fuerzas siempre excede  
 el ingenio y la ocasión.

CRISILIO. Alto, yo os he de seguir  
 como el Duque me ha ordenado.  
 Si no hay más que prevenir,  
 ya el sol su curso ha acabado;  
 al bosque podemos ir.  
 Veamos si vuestra ciencia  
 tiene en las armas valor.

CÉSARO. Mostrarálo la experiencia.  
 CRISILIO. (Ap.) Dadme preso al Conde, amor,  
 y gozaréis á Clemencia. (Vanse.)

## ESCENA IX

Salen el CONDE ENRIQUE y soldados.

CONDE.

Llegar Tántalo al árbol avariento,  
 y huir la fruta cuando el labio toca;  
 el líquido cristal besar la boca,  
 y burlalle dejándole sediento;  
 á la mesa asentarse el rey hambriento,  
 y cuando apenas el manjar provoca  
 al apetito, ver que el Arpia loca  
 alza los platos y convida al viento.  
 Lo mismo por mí pasa. No sintiera  
 Tántalo el hambre tanto, á no incitalle  
 del árbol la presencia apetecible.  
 Vi á Clemencia y perdila. ¡Ay, suerte fiera!  
 que ver tan cerca el bien, y no gozalle  
 es hacer el tormento más terrible.

## ESCENA X

Dichos y ALBERTO, soldado.

ALBERTO. Buena ocasión en las manos  
 te ha ofrecido la ventura:  
 hoy te da la noche oscura  
 á tus contrarios tiranos.  
 En ese pinar están  
 emboscados y seguros,  
 que de tu ciudad los muros  
 esta noche asaltarán.  
 Con ellos fui por espía:  
 una salida no más  
 tienen; vencerlos podrás  
 antes que al sol mire el día.  
 Pega fuego al monte espeso,  
 y entretanto que le abraso  
 tus soldados pon al paso  
 que aseguren el suceso.

Saldrán sus ardidés vanos,  
 y del fuego vengador  
 huyendo, el mismo temor  
 hoy te los pondrá en las manos.  
 CONDE. ¡Válgame el cielo! ¿Eso es cierto?  
 ALBERTO. Tu victoria sea testigo  
 de que la verdad te digo.  
 CONDE. Si salgo con ella, Alberto,  
 una jineta te aguarda.  
 Abrásese el monte luego.  
 Un amante todo es fuego;  
 no es mucho que el monte se arda  
 á imitación de mi pecho.  
 ¡Oh! ¡quién pudiera abrasar  
 tu ciudad, Duque, y vengar  
 los agravios que me has hecho!  
 (Vanse.)

## ESCENA XI

Salen OTÓN, bizarro, y GILOTE.

OTÓN. Pesárame haber llegado  
 tarde.  
 GILOTE. ¡Buena flema tienes!  
 ¿A qué fiesta ó boda vienes?  
 ¿Qué mesa te ha convidado?  
 OTÓN. ¿Hay mesa de más valor  
 que la que la fama envía?  
 GILOTE. La mesa de una hostería  
 es más barata y mejor.  
 Allí á pasto bebo y como;  
 que aquí en esta mortal venta  
 dan pólvora por pimienta  
 y albondigillas de plomo.  
 ¡Miren qué conejo ó polla!  
 ¡Fuego de Dios en cocina  
 donde es una culebrina  
 la más sazónada olla;  
 alemaniscos manteles  
 los lienzos de una muralla,  
 que intentan dismantelalla  
 pajes de tiros crüeles;  
 sangre el vino que promete  
 á quien su brindis admite,  
 y el postre de su convite  
 confitura de un mosquete!  
 ¿Qué pecados te han traído  
 á la muerte convidado?  
 De tu madre regalado,  
 en tu quinta entretenido,  
 levantándote á las once,  
 y aguardándote al hogar  
 el lomo para almorzar,  
 no en asadores de bronce,  
 como los que usa la guerra;  
 la torreznada con güevos  
 ó los pichones, que nuevos  
 apenas pisan la tierra.  
 Criado entre miel y natas  
 sin haber visto desnuda  
 una espada, ¿quién te muda  
 que así malograrte tratas?  
 OTÓN. El esfuerzo suplirá  
 lo que falta á la experiencia;  
 pues no soy para la ciencia,  
 la guerra me ensalzará.



GILOTE. ¿Qué guerra ¡pese á mi suegra!  
si en la aldea los disantos  
nunca esgrimiste entre tantos,  
una vez la espada negra?  
No lo echemos á perder;  
demostramos vuelta á casa, Otón.

OTÓN. Calla, necio.

## ESCENA XII

DICHOS, y salen el Conde y ALBERTO,  
desnudas las espadas.

CONDE. La razón  
de mi amor vino á vencer.  
Lo que el fuego perdonó  
ha consumido la espada.

ALBERTO. Victoria ha sido extremada.

CONDE. ¿Criselio está preso?

ALBERTO. No.

CONDE. Dejariase abrasar,  
por no verse en mi poder.

OTÓN. ¿Cómo es esto?

GILOTE. Esto es temer,  
y eso debe ser temblar.

OTÓN. Retírate aquí, sabremos  
quién son éstos y qué ha sido  
de Criselio.

GILOTE. Yo he venido  
á darle cuerda.

OTÓN. Escuchemos.

CONDE. Deja que el campo despoje  
lo que el fuego no ha deseado,  
pues es debido derecho  
de la guerra; y mientras coge  
el premio de su victoria  
mi gente, repara, Alberto,  
en que Clemencia me ha muerto  
porque viva su memoria.  
Con esta postrera injuria  
cerrado habrá la venganza  
las puertas á la esperanza.  
Ya no habrá aplacar la furia  
del Duque, que por no darme  
el galardón prometido,  
si en las paces fementido,  
traiciones vino á imputarme;  
¿con agravios verdaderos,  
quién vencerá su rigor?

OTÓN. ¡Ay, desatinado amor,  
imposible es socorreros!  
Oye. El conde de Placencia  
es este, y he colegido  
que Criselio está vencido  
y él adorando á Clemencia.  
¡Vive Dios, que he de probar  
dónde llega mi ventura!

GILOTE. ¿Qué intentas?

OTÓN. La noche oscura  
preso al Conde me ha de dar.

GILOTE. ¿Estás loco?

1 En el original y en la reimpresión de Doña Teresa de Guzmán está este pasaje así, pero Hartzenbusch lo corrigió acertadamente:

ALBERTO. Yo he venido  
á darte cuenta.

OTÓN. Solos dos  
son cual nosotros; ¿qué espero?

GILOTE. Yo, Otón, no soy más que cero  
que nada valgo. Por Dios,  
que no des triste viudez  
á mi Torilda.

OTÓN. Importuno,  
si eres cero y yo soy uno,  
contigo valgo por diez.  
Enrique, daos á prisión. (Al Conde.)  
¿Qué es esto?

CONDE. ¡Ay, Torilda mía!

GILOTE. No hay Gil desde aqueste día;  
tocas de viuda te pon.

CONDE. ¿Quién eres tú que arrogante  
á tal locura te atreves?

OTÓN. Después que mi esfuerzo pruebes  
sabrás quién tienes delante.

CONDE. ¿Eres Criselio?

OTÓN. No tengo  
la experiencia militar  
que le ha venido á ilustrar;  
pero con más dicha vengo.  
Date á prisión, ó prevenite  
si no temes mi valor.

ALBERTO. Dale la muerte, señor,  
mientras que llamo tu gente;  
que pues habla confiado,  
no viene solo. (Vase Alberto.)

GILOTE. ¡Buen modo  
de huir! Tras él me acomodo.

CONDE. Si del Duque eres soldado,  
déjale y mi campo sigue,  
que yo capitán te haré.

OTÓN. A la lealtad que heredé  
no hay interés que la obligue,  
que en mi vida fui traidor.  
Date.  
(Pelean, y pierde el Conde la espada.)

CONDE. La espada he perdido  
y en un brazo me has herido:  
mostrado has bien tu valor.  
Esto basta: no me lleves  
al Duque, y pide el rescate  
que gustares.

OTÓN. Disparate  
es que con el oro pruebes  
mi lealtad. Allí has de ir preso,  
ó quedar sin vida aquí.

GILOTE. Valiente revés le di:  
cortéle el brazo hasta el güeso.

CONDE. ¿Eres noble?

OTÓN. Y caballero.

CONDE. ¡Cielos! ¡después de la gloria  
de tan felice victoria,  
tal azar! Tu prisionero  
soy; haz, soldado famoso,  
de mí lo que más gustares.

OTÓN. Todo es encuentros y azares  
la guerra: sufre, animoso.  
Ata á la herida este lienzo  
y esta banda aplica al brazo;  
que cortés rendirte trazo,  
ya que en las armas te venzo.  
Y en ese caballo mío  
sube; que en el de este irá.

GILOTE. Heme aquí ginele á pie.

Lleve el diablo el desafío.  
Tu noble y hidalgo trato,  
aunque enemigo, me obliga  
á que envidioso te siga.  
¡Que á vista de Monferrato  
me haya preso un hombre solo!

OTÓN. Tu gente temo que venga  
y corro en que me detenga  
peligro si sale Apolo.  
Vamos.

CONDE. ¡Ingrata Clemencia!  
Cuando me quite la vida  
tu padre, por bien perdida  
la juzgaré en tu presencia.

OTÓN. Si con él soy de provecho,  
no tengas de eso temor.

GILOTE. ¿Qué dices de mi valor?  
¡Bravamente lo hemos hecho!

OTÓN. ¿Tú?

GILOTE. Yo, pues.

OTÓN. ¿Detrás de mí,  
cobarde, no te ponías?

GILOTE. Siendo cero así tenías  
todo el valor que te di;  
si no juzgalo tú mismo.  
¿Cuando el cero va detrás  
no vale el número más?

OTÓN. Valiente eres.

GILOTE. En guarismo.

OTÓN. Gran lebrón eres, Gilote.

CONDE. ¿Victorioso y prisionero,  
cielos?

GILOTE. Llámame tu cero:  
que á fe que ha habido cerote.  
(Vanse.)

## ESCENA XIII

Salen el DUQUE, CLEMENCIA, ROSELA y CLAVELA.

DUQUE. No temo infeliz suceso  
de esta guerra, pues me ampara  
la justicia cierta y clara  
del agravio que confieso.  
Buen general señalé:  
vencedor Criselio ha sido  
mil veces del fementido  
Marqués, y si aseguré  
su valor con la prudencia  
de César, cuerdo y sabio,  
¿quién duda que de mi agravio,  
juntando al valor su ciencia,  
he de quedar satisfecho?

CLEMEN. Y más cuando te asegura,  
señor, de Otón la ventura.

CLAVELA. Ya el Conde estará deshecho.

DUQUE. Esta es la hora que vienen  
triunfando á Mantua los tres,  
y, presos Conde y Marqués,  
por mí á Monferrato tienen.

ROSELA. De mi hermano no hay dudar  
siendo César, que presume  
juntar la lanza á la pluma  
y vencer como estudiar.

DUQUE. Si él con la victoria sale  
con Criselio os casaré.

CLAVELA. (Ap.) ¡Ay, cielo!

DUQUE. Y conde le haré  
de Regio, para que iguale  
el estado á su valor.

ROSELA. Eres Gonzaga; no puedes  
hacer menores mercedes.

CLAVELA. (Ap.) Si le pierdo vencedor,  
haced que vuelva vencido:  
no le deis ayuda, cielos;  
salidle al encuentro, celos,  
pues yo de seso he salido.

## ESCENA XIV

DICHOS. Salen marchando destempladas las cajas,  
CÉSARO y CRISELIO, de luto.

CRISELIO. (De rodillas.) Esta es la primera vez,  
invicto duque de Mantua,  
que, vencido, tus pies beso,  
que Enrique pisa tus armas.  
No atribuyan á descuidos,  
desorden, culpables faltas  
ó impericia militar  
tu daño y nuestras desgracias,  
sino á la ciega fortuna,  
que en las guerras y privanzas  
por parecer más hermosa  
quiere mostrarse más varia.  
Disteme por compañero  
á César, con quien mandas  
que estratagemas consulte,  
pida ardid, siga trazas.  
No digo yo (aunque pudiera)  
la diferencia y distancia  
que hay del arnés á la joya,  
de la borla á la celada;  
cuán mal que se compadecen  
hojas de libros y espadas,  
ejércitos con esquelas  
y cátedras con murallas;  
pero diga la experiencia  
lo que hay de obras á palabras,  
de las plumas á la pluma,  
de argumentos á batallas,  
que si ejemplos testifican,  
el presente, Duque, basta,  
pues por seguir á las letras  
vuelven vencidas las armas.

CÉSARO. No echas la culpa al ingenio,  
Criselio, cuyas ventajas  
á tu pesar reconocen  
las fuerzas más celebradas.  
Cátedras lee la milicia  
que universidades pagan,  
y á especulación reducen  
experiencias practicadas.  
Mi parecer fué ingenioso,  
y si á ejecución llegara,  
Monferrato y su Marqués  
fueran proverbio en Italia.  
Di tú que no bastan ciencias,  
que peine el consejo canas,  
que asalte el esfuerzo muros,  
que arroje el enojo balas  
si no asiste la ventura;  
porque la vez que esta falta,  
ni Pompeyo entre legiones,



ni Marco Antonio entre armadas  
á la fortuna del César  
se opondrán, que en una barca  
del miedo, asegura á Amiclas  
y atrevido el mar contrasta.  
Mandéte emboscar la gente  
para que al cuarto del alba,  
ganando al Marqués las puertas  
diesen al valor entrada.  
Dió la fortuna envidiosa  
de este ardid cuenta á la fama;  
contóselo al enemigo,  
que el monte y la genta abrasa,  
y por él peleando el fuego  
la victoria á voces canta,  
no el esfuerzo, la ventura;  
no el valor, sino las llamas.  
Si no fuimos venturosos,  
no culpes las letras sabias  
que ponen Marte y Minerva  
sobre sus cabezas.

DUQUE. Basta.  
Vencidos venis los dos;  
las letras sin manos hablan,  
el valor obra sin lengua,  
uno Ulises y otro Ayax;  
pero los dos sin ventura.  
La elocuencia y la arrogancia,  
las armas junto á las letras,  
decís bien, no valen nada.  
Volvéos, César, á los libros;  
abogad, sentenciad causas,  
que no es bien paséis la pluma  
de la mano á la celada.  
De vuestro centro os saqué,  
y fuera de él pesa el agua,  
no traen armas los juristas:  
con sólo un fallamos matan.  
¿Qué es de Otón?

CRISELIO. No sé si afirme  
en su afrenta ó alabanza  
que el temor y la ventura  
previnieron su tardanza.  
No fué al campo.

DUQUE. Yo lo creo,  
que si en él Otón se hallara  
salieran con la victoria  
su valor y mi venganza.

CÉSARO. ¿La victoria un ignorante  
que en su vida ciñó espada?

DUQUE. Mejor sois para fiscal  
que para soldado. Basta.

#### ESCENA XV

DICHOS. Toca cajas, y sale Otón, bizarro, y el  
conde Enrique, sin armas y con banda.

OTÓN. (Al Duque.) Atribuye á mi ventura  
y no al valor que me falta  
el ofrecerte, señor,  
á Enrique preso á tus plantas.  
Vencedor, viene vencido.  
Yo tengo pocas palabras:  
tarde al campo me enviaron  
cumplimientos de mi casa;

hallé al Conde que con otros  
su victoria celebraba;  
pedí ayuda á mi fortuna,  
y de suerte me acompaña,  
que en fin, vine, vi y venci.  
Por relación esto basta,  
y por premio de mis dichas  
que de ellas te satisfagas.  
Solamente te suplico  
que mires que eres Gonzaga,  
y que el valor resplandezca  
en ti más que la venganza.  
En tu poder está el Conde:  
el que es generoso paga  
agravios con beneficios;  
perdónale si te agravia.

DUQUE. A vuestras cortas razones  
y á vuestras hazañas largas,  
con largos premios prometo  
juntar cortas alabanzas.  
Mi honor os debo dos veces:  
vencido habéis otras tantas  
á Enrique y restituido  
á su ser mi antigua fama.  
Pues me dais un Conde preso,  
bien será que Conde os haga:  
Conde sois de Val Hermoso.

OTÓN. Esclavo tuyo me llama.  
DUQUE. Criselio, el bastón os vuelvo,  
y pues la dicha acompaña  
á Otón, seguid su ventura:  
que mientras César trata  
en mi tribunal de pleitos,  
si al valor la dicha ensalza,  
valor tenéis y Otón dicha:  
restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO. Castigando, señor, premias.  
Si avergüenzan tus palabras,  
tus mercedes dan valor:  
justamente á Otón levantas.  
Con su feliz compañía,  
ni temo suerte contraria,  
ni enemigo poderoso,  
ni empresa con que no salga.  
Conde, á intercesión de Otón,  
debajo vuestra palabra,  
la ciudad tened por cárcel  
sin prisiones y sin guardas.  
Yo la doy, y á tu grandeza  
rindo las debidas gracias,  
deseoso que sin ira  
de mi amor te satisfagas.

(Ap.) ¡Dichosa prisión, si estoy  
en presencia de mi dama.  
Amor, más cierto anduvieras  
si libertad la llamaras.)

CLEMEN. ¿No me habláis, Otón?

OTÓN. Señora,  
poco agradece quien habla.  
La suspensión siempre mira,  
la obligación siempre calla;  
por vos tengo el bien que tengo.

CLEMEN. Ya sois Conde.

OTÓN. Serme basta

esclavo vuestro.

CLEMEN. Yo haré  
que envidien vuestra privanza.

CLAVELA. (Ap.) Pues no se casa Rosela  
con mi Criselio, esperanzas  
dalde, pues vuelve vencido,  
pésame no, alegres gracias.

CÉSARO. (A Otón.) El nuevo título goce  
vue señoría, edad larga.

OTÓN. ¡Oh, señor gobernador!  
pésame de sus desgracias.  
Si hay en que pueda servirle  
(no hacer placer, que es hidalga  
siempre en mí la cortesía)  
acudiré con el alma.

ROSELA. No doy á vuestra excelencia  
el parabién de turbada  
con el encarecimiento  
que debe quien tanto le ama.

OTÓN. ¡Oh, hermosa Rosela! ya  
llegó la hora deseada  
en que esté en vuestro servicio;  
y á Otón honre vuestra casa;  
pues sirviéndoos de la mía,  
mientras que condesa os llama  
un título, vuestro esposo,  
y el Duque, con él os casa,  
por dichoso me tendré,  
no en que si se ofrece, os haga  
cualquiera comodidad,  
que fuera poca crianza,  
sino que como señora,  
me mandéis.

ROSELA. (Ap.) Díome en el alma.

CÉSARO. (Ap.) ¡Que se anteponga á mis letras  
de este modo la ignorancia  
de hombre que sabe tan poco!

ROSELA. (Ap.) La envidia el pecho me abrasa.

CÉSARO. (Ap.) A quien le sobra ventura,  
el saber poco le basta.

#### JORNADA TERCERA

##### ESCENA PRIMERA

Salen CLEMENCIA y CLAVELA.

CLEMEN. ¿De mí, en fin, estás quejosa?

CLAVELA. Mi amor te lo certifica.  
La voluntad te halla hermosa,  
el interés te ve rica,  
el parentesco amorosa,  
discreta el entendimiento,  
tierna la conversación,  
y así de Criselio siento,  
si tantos tus dotes son,  
que intenta tu casamiento.  
En la guerra te ha obligado,  
en la paz te ha pretendido,  
victorioso, si soldado,  
y si galán, preferido:  
luego es cierto mi cuidado.  
CLEMEN. Otro, Clavela, es el mío,  
del tuyo tan diferente,  
que le juzgo á desvario.  
Nunca de amor que es pariente  
lograr esperanzas fio.

¡Ay, prima mía! ¡qué extrañas  
somos las mujeres!

CLAVELA. ¿Pues?

CLEMEN. Porque sepas si te engañas...  
¿Ves mi libre desdén? ¿ves  
mis rigurosas entrañas?  
¿lo que al conde de Placencia  
aborrecí poderoso?  
¿lo que temí su presencia,  
pues por no verle mi esposo  
ni mi gusto en contingencia,  
el robo y fuerza fingí  
que no llegó á ejecución,  
y con mi padre mentí  
vanas hazañas de Otón?

CLAVELA. Yo, prima, supe de ti  
el aviso que tuviste  
del Conde, tu amor ingrato;  
que su venida supiste,  
y que de su torpe trato,  
al bosque turbada huiste;  
el buen proceder de Otón;  
el por qué te disfrazaste,  
y por anticipación  
que al conde Enrique imputaste  
la no gozada traición:  
¿hay más que añadir á eso?

CLEMEN. A Enrique desheredado;  
á Enrique sin padre y preso,  
sin amigos, sin estado,  
y estoy por decir sin seso;  
á Enrique que aborrecí,  
porque lo que soy publiques,  
á Enrique ya pobre...

CLAVELA. Sí.

CLEMEN. Pues á Enrique...

CLAVELA. ¿Hay más Enriques?

CLEMEN. Prima, quiero más que á mí.

CLAVELA. ¿A quién tu afrenta intentó?

CLEMEN. No sé que eso verdad sea.  
Sé que quien me lo contó  
me amaba, y que amor se emplea  
en engaños.

CLAVELA. Bien sé yo  
de las muestras de afición,  
con que más Enrique siente  
tu desdén por su prisión,  
que cualquier fama desmiente  
que desdore su opinión.  
Pero hale el Duque quitado  
el estado que tenía;  
murió su padre cercado,  
sin que un pueblo en Lombardía  
de tantos le haya quedado.  
Si rico fué aborrecido,  
no sé como pueda ser  
cuando tan pobre, querido.

CLEMEN. Hazañas son del poder,  
á Dios siempre parecido.  
Añadir al oro, prima,  
esmaltes, cuando por sí  
el mundo tanto le estima,  
no es mucho; ni que á un rubí  
ó un diamante que sublima  
hasta el sol su resplandor,  
guarnezca el oro opulento,  
y realce su labor;



pues halla, en fin, fundamento  
el trabajo en su valor.  
Mas de una materia baja  
hacer una pieza noble,  
un escritorio, una caja,  
una imagen, que de un roble,  
al oro puro aventaja,  
esa es majestad guardada  
á Dios sólo y al poder,  
que con grandeza elevada  
se autorizan con dar ser  
y valor á lo que es nada.  
Esto mismo hacer procura  
mi amor, pues porque á luz salga  
su poder y mi hermosura,  
busca un marido que valga,  
prima, no más que la hechura.

CLAVELA. Mis celos has satisfecho,  
pues esa hechura saldrá  
á tu gusto y mi provecho.

CLEMEN. Mi hechura sólo valdrá  
si hago al Conde ya desecho.

CLAVELA. Rosela sale.

CLEMEN. Pues anda,  
y no temas que por mí  
pierda tu amor su demanda;  
que á mi Enrique el alma di,  
si bronce, ya cera blanda.  
(Vase Clavela.)

## ESCENA II

CLEMENCIA Y ROSELA.

ROSELA. En busca de vuestra alteza  
me trae, señora, un cuidado  
que ocasiona mi tristeza.

CLEMEN. Como sea enamorado,  
á comunicarle empieza;  
que los de una facultad  
alivian su mal mejor.

ROSELA. Es, gran señora, verdad.  
Mas ¿paga tributo á amor  
vuestra alteza?

CLEMEN. Voluntad  
tengo á quien aborrecía.  
Decirme la tuya puedes  
mientras yo callo la mía.  
ROSELA. Segura con las mercedes  
que me has hecho desde el día  
que entré en palacio, quisiera,  
si de mí te satisfaces...

CLEMEN. ¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA. Que fueses en unas paces,  
gran señora, medianera.

CLEMEN. ¿Con quién los enojos son?

ROSELA. Días ha que he sido amada  
con reciproca afición,  
aunque agora mal pagada  
de Otón.

CLEMEN. Luego ¿sabe Otón  
querer?

ROSELA. Ninguno lo ignora;  
ni él tan venturoso fuera  
si no amara, gran señora.

CLEMEN. Bien dices. La planta y fiera,  
por dar fruto se enamora.

ROSELA. Cuando alcancé tu privanza,  
le traté con menosprecio,  
y con ingrata mudanza  
le llamé ignorante y necio;  
porque llegó mi esperanza  
á prometerse por sí  
dar la mano á un potentado;  
que aunque plebeya nació,  
como mi hermano ha llegado  
á tanta dicha, creí  
subir donde mi ambición  
pretendió desvanecida.  
Sintió mi desdén Otón,  
y despreciado, me olvida.

CLEMEN. Agravios y celos son  
espuelas con que amor vuela,  
aunque un desprecio es bastante  
á apagar llamas, Rosela.

ROSELA. De un hombre tan ignorante,  
que aún no le admite la escuela,  
¿quién pensara tal ventura?

CLEMEN. ¿Mujer eres de *pensé-que*?  
Desdicho has de tu cordura.  
Ahora yo haré que se trueque  
el aspereza en blandura  
de Otón; que si te ha querido  
y otra vez el fuego atizas,  
que amortiguaste ofendido,  
mientras duran las cenizas,  
no ha muerto al fuego el olvido.  
Yo despertaré sus llamas.

ROSELA. El viene, porque procure  
mi paz.

CLEMEN. Si cuerda te llamas,  
ni en *pensé-ques* te asegures,  
ni desprecies á quien amas.  
(Vase Rosela y sale Otón.)

## ESCENA III

CLEMENCIA Y OTÓN.

OTÓN. Aguardando el Duque queda  
á vuestra alteza.

CLEMEN. Y yo á vos.

OTÓN. ¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMEN. Conde, ¿no muestra ser Dios  
amor con vos, que se hospeda  
en el más rústico pecho  
como en el alma más rica?

OTÓN. No soy para él de provecho;  
mas á la guerra se aplica  
mi inclinación.

CLEMEN. Ya habéis hecho  
en ella alarde capaz  
del valor que en vos se encierra;  
pero ya que es todo paz  
y se ha acabado la guerra,  
cuando reina amor, rapaz,  
¿en qué soléis ocupar  
el tiempo?

OTÓN. Pues el más largo,  
¿no es corto para pensar  
lo mucho que os soy á cargo  
y no he de poder pagar?

CLEMEN. Vos, ¿qué me debéis á mí?

OTÓN. Todo el ser que me ha ilustrado:

la privanza á que subí;  
el haberme acreditado,  
fingiendo que yo vencí  
al conde Enrique; el sacarme  
de una granja al cargo honroso  
con que he venido á ilustrarme,  
y el haberme hecho dichoso:  
¿qué es lo más que podéis darme?

CLEMEN. La dicha que es con exceso,  
es deuda al cielo debida:  
yo no tengo parte en eso.  
Fingi de Enrique la huida;  
mas trayéndole vos preso,  
bien habéis beneficiado  
lo que dije en profecía;  
el título que os ha dado  
mi padre á intercesión mía,  
vuestro esfuerzo le ha ganado.  
Antes os soy tan deudora,  
que si es la paga mejor  
la que el amor atesora,  
os he de hacer acreedor  
de un alma, Otón, que os adora.

OTÓN. ¿A mí, señora?

CLEMEN. Y tan bella,  
como la imaginación,  
transformada, Otón, en ella  
os dió en alguna ocasión  
ánimo para querella.

OTÓN. Si no es que de mí os burláis,  
no sé, señora, á qué fin  
mi libertad inquietáis.  
No os entiendo.

CLEMEN. A hablar latin  
no es mucho no me entendáis.

OTÓN. Yo en mi vida tuve dama.

CLEMEN. Pues hartas obligaciones  
á la que su dueño os llama  
tenéis: de aquestas razones  
sacad quién es la que os ama.

OTÓN. ¿Yo obligaciones de amor?

UN PAJE. (Sale.) El Duque á llamar envía  
á vuestra alteza.

OTÓN. (Aparte.) Temor,  
refrenad á la osadía.

CLEMEN. Para sabello mejor  
id esta noche al terrero,  
que hablando, Conde, conmigo,  
con ella hablaréis.  
(Vanse Clemencia y el Paje.)

## ESCENA IV

OTÓN.

¿Qué espero?  
Imaginación, si os sigo;  
imitar Faetones quiero.  
¡Válgame Dios! ¿Si madama,  
para ensalzar mi ventura  
de todo punto, me ama?  
Mas ¿qué bárbara locura,  
necio pensamiento, os llama?  
¿Yo de Clemencia? ¿yo amado  
de quien el sol puede ser,  
no original, su traslado?  
Mas ¿no es Clemencia mujer?

¿Qué imposibles no ha allanado  
del amor el real decoro?  
Dicha, de mi parte os hallo;  
hombre soy, no la enamoro  
como á la asiria el caballo,  
ó como á Pasife el toro.  
Refrenaos, lengua habladora,  
y no ofendáis tal valor.  
Pero ¿no me dijo ahora:

«os he de hacer acreedor  
de un alma, Otón, que os adora?»  
Mas ¿por fuerza ha de ser ella?  
Si, que «mi imaginación  
transformada (dijo) en ella  
me dió tal vez ocasión  
y ánimo para querella.»  
Si el ánimo es menester,  
cierta es la dificultad.

Ánimo para querer,  
si no es para su beldad,  
¿para qué otra puede ser?  
Pero, imaginación necia,  
¿quién vuestra virtud contrasta?  
Clemencia á Enrique desprecia,  
y con ella no fué casta  
Penélope ni Lucrecia.  
Mas si me dijo madama  
«pues hartas obligaciones  
á la que su dueño os llama  
tenéis, de aquestas razones  
sacad quién es la que os ama»,  
¿Yo á quién tengo obligación  
sino es sólo á su hermosura?

¿quién ha sido la ocasión  
de mi invidiada ventura  
sino sola su afición?  
Pues si de aquí sacar quiero  
mi dama, que es ella digo.  
«Id esta noche al terrero,  
que hablando, Conde, conmigo,  
con ella hablaréis». Grosero  
soy, pues en esto reparo.  
Si ha de hablar mi dama en ella  
¿qué dudáis, ingenio avaro?  
«Conmigo, hablaréis con ella»;  
¿pudo decillo más claro?  
Ea, confusión oscura,  
pues ánimo es menester,  
el ánimo me asegura  
el ser Clemencia mujer.  
y lo que es más, mi ventura. (Vase.)

## ESCENA V

Salen CLEMENCIA y el DUQUE, su padre.

DUQUE. Yo, Clemencia, haré por ti  
lo que me pides.

CLEMEN. A Otón  
casarle será razón;  
palabra á Rosela di  
de suplicarte por ella.

DUQUE. Bien; con Otón casará,  
y él en Rosela tendrá  
esposa discreta y bella.  
Dotaréla de mi mano,  
porque tú la quieres bien,